

## El deporte en la sociedad de masas

**Fernando Pérez de Blas**

Campeño

No cabe duda del carácter masivo que el deporte tiene en esta «sociedad del espectáculo» que disfrutamos-sufrimos. Los grandes eventos deportivos se hacen símbolos nacionales (es curioso que los partidos de la selección paralicen más a la gente que una huelga general), se viven como batallas colectivas en pos de defender cierta noción de nacionalidad y suponen una de las bases estructurales que definen la filosofía de los mass media. Desde cualquier perspectiva que se mire el deporte es uno de los ejes de nuestra existencia, dominante en nuestro tiempo de ocio. Por supuesto los deportes mayoritarios y vividos al día, pues poco interés se tiene por la historia o por la propia estética del deporte. ¿Cómo vivimos esta «seducción mediática» (J. L. Sánchez Noriega) de los grandes sucesos deportivos? ¿De dónde proviene esa capacidad de atracción que se le supone al deporte? Unas claves.

- El deporte es entendido como una diversión social, así se contempla en los grandes estadios, en los bares, en las familias reunidas alrededor del televisor. Las gentes comparten símbolos según pertenezcan a las hinchadas de uno u otro club,

se forman peñas, coloquios, etc. En el caso de los deportes mayoritarios la vivencia de los grandes partidos se ve facilitada por una previa socialización en las reglas, la afición por un equipo y hasta un «espíritu» propio de esta emoción por unos «colores». Los deportes minoritarios quedan para posibles hazañas de personas o equipos en grandes ocasiones (olimpiadas, mundiales...), sin muchas veces sentirse verdadero placer estético en ese deporte o conocer sus normas. En definitiva el deporte es un asidero social en una posmodernidad fragmentaria. Podemos decir que remite a una cierta necesidad social abandonada a finalidades propiamente hedonistas. Esta fuerza socializante provoca, no obstante, también violencias, como todos sabemos y comprobamos día a día.

- Desde la perspectiva psicológica el deporte supone una reminiscencia de la catarsis, pues provoca un despliegue de problemas y traumas cotidianos en forma de gritos, cánticos y bacanales. La persona, perdida para otros tipos de experiencia catártica (teatro, música, etc.), por la falta de alicientes que los medios relacionan con ellos, tan sólo encuentra en estos espectáculos más pasivos el despliegue de energías dormidas en la rutina cotidiana. La empatía catártica puede verse en la utilización del plural para decir: «hemos ganado».
- En el campo económico el deporte es un negocio, que mercantiliza símbolos, personas (los deportistas se venden como cualquier objeto) y supuestos modos de entender la vida. Los jugadores de fútbol son prototipos de gente vip capaz de ganar (¿?) más dinero en un día que el presupuesto de varios millones de personas para todo un año. El deporte mueve millones en camisetas, sponsors, publicidad, pelotas,

etc., cuando estos objetos son fabricados en su mayor parte por trabajadores (niños en ocasiones) explotados en países del Sur.

- Otro peligro de la moda deportiva y uno de sus mayores alicientes para bastantes personas es la relación existente entre la práctica deportiva y la estética del cuerpo. La explosión de los gimnasios y los centros de alto rendimiento no puede separarse de la paralela en centros de cirugía estética, farmacias deportivas y las dietas milagrosas. Si los clásicos hablan de *mens sana in corpore sano* nuestra sociedad utiliza más bien el deporte como alienación de la espiritualidad en un estado físico intachable. El reduccionismo fisicista que supone un gimnasio moderno es lo más contrario a la gimnasia griega, enraizada en una cultura del saber y no del poder. El cuerpo ahora no se entiende como medio de sabiduría, sino como acceso directo al poder social (sexo, playas y macrofiestas). Por supuesto este cuerpo no está situado en una mente sana ni ayuda a conseguirla.

Frente a estas disposiciones del deporte pueden plantearse aclaraciones que fundamenten la práctica deportiva en otra dimensión: El deporte es una actividad de personas y éstas son cuerpo y alma indivisos: «El hombre es a cada momento, y lo uno en lo otro, alma y carne, conciencia y gesto, acto y expresión» (*Tratado del carácter*, E. Mounier, O. C. II, p. 125)

La estructura ontológica de la persona no es ni corporal ni espiritual sino que parte de una integralidad indudables. Acontecimientos como el llanto en momentos de tristeza no pueden ser explicados sin la unión intrínseca de la dimensión espiritual y la corporal. Por ello hacer del cuerpo un modelo de éxito social conduce a la despersonalización, además de que fa-



cilita el control de las personas por el poder, al dejar de lado la perspectiva crítica (lecturas, militancias, etc.). El reduccionismo corporal no puede entenderse fuera de una sociedad de masas donde las personas son objetos y éstos mercancías.

- La vida puede vivirse deportivamente siempre que asumamos esta expresión desde su acepción optimizada (el deporte es sano y legal), que no siempre se cumple. Pero el deporte, para conseguir esta finalidad, debe sacarse de su dimensión competitiva para asumirlo como un juego, esto es, como el aprendizaje de formas regladas de confrontación o disfrute colectivos. La noción del deporte como competencia por encima de las reglas que muchos directivos y deportistas asumen y globalizan en la sociedad con sus declaraciones es la degeneración más completa de la noción de deporte.
- En fin, no podemos sacar el deporte de lo que es. El sentido común nos dice que no pasa de ser un modo de expresión personal que

nace del despliegue de capacidades físicas y de cooperación grupal y que no puede entenderse como una batalla social, sino como su sustituto pacífico.

El deporte debe por tanto relacionarse con una ética de la liberación expresivo-emocional de zonas centrales de la persona: colaboración, compañerismo, superación propia sin opresión del otro y no con un símbolo del mercado que es hasta ahora. Sólo a condición de concebir a la persona como integralidad corporal-espiritual podremos superar el deporte tramposo, comercial, adulterado y falto de expresión que sufrimos, donde el ganar a toda costa es una postal muy apropiada de la cosmovisión más compartida por muchas personas. Si el deporte sirve a la persona es en su faceta de despliegue de recursos emocionales y físicos, convertido en un negocio de los medios y las grandes empresas privadas es objetualización de los deportistas, creación de falsos modelos a seguir y un nuevo opio del pueblo.



Deberíamos rescatar, por tanto, el deporte como conocimiento del medio, en grupos o individualmente; respeto del rival (sin quitar necesariamente el afán de vencer, pero dentro de unas reglas) y búsqueda de mejora integral de la persona. Para ello es necesaria una educación en la libertad compartida con otros, esto es, en la justicia y la eliminación del mito fisicista de la persona reducida a cuerpo (ya que se superó la idealista de su reducción a alma o espíritu). Que el deporte sea liberación, dentro de normas, para personas en cuerpo y alma. Que sea por, para, entre y en personas.